

Lc 16,1-13

Bienaventurados ustedes, los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios

En este Domingo XXV del tiempo ordinario leemos en el Evangelio de Lucas una enseñanza de Jesús que siempre ha sido de difícil interpretación. Se trata de la parábola comunmente llamada del «administrador infiel», aunque el evangelista no dice expresamente que se trate de una parábola y Jesús comienza simplemente con esta introducción: «Era un hombre rico que tenía un administrador...». No nos ayuda el contexto en que introduce Lucas esta enseñanza de Jesús, porque no parece tener relación con lo anterior, a saber, la historia del «hijo pródigo» a la cual tampoco da el título de «parábola».

La enseñanza que Jesús quiere comunicar es clara. Lo que no es claro es el método que usa para hacerlo. Dejemos inmediatamente a salvo dicha enseñanza, que es firme: «Yo les digo: "Haganse de amigos con el Dinero (Mamoná) de injusticia, para que, cuando llegue a faltar, los reciban en las eternas moradas"». En esta recomendación de Jesús se dan por sabidas algunas cosas.

Lo primero es que hay dos tiempos cualitativamente muy distintos. Uno es el tiempo de nuestro paso por esta tierra, que es efímero, como ya lo recordaba a Israel un Salmo, aunque, en realidad, no haría falta, porque es evidente: «Como un suspiro consumimos nuestros años. Los años de nuestra vida son unos setenta, u ochenta, si hay vigor; y la mayor parte son trabajo y vanidad, pues pasan presto y nosotros nos volamos» (Sal 90,9b-10). No está dicho que todos los seres humanos vivan setenta años. Pero cualquier espacio de tiempo que vivan será «como un suspiro», en comparación con el otro tiempo. El otro tiempo, en efecto, no tiene fin, porque es eterno. Jesús habla con razón de «moradas eternas». Este otro tiempo comienza después de nuestro paso por esta tierra, es decir, después de la muerte.

Lo segundo, que es claro, es que el dinero rige solamente para el tiempo efímero de esta tierra. Jesús lo llama despectivamente «Mamoná», un dios pagano que termina matando a quienes le rinden culto. En todo caso, Jesús da por sabido que, inevitablemente, «llegará a faltar». Es otro modo de indicar el momento de la muerte.

Lo tercero es el sujeto del verbo: «Los reciban en las moradas eternas». ¿Quiénes son los que habitan allí eternamente, como en su casa, de manera que pueden recibir a sus amigos? Tienen que ser susceptibles de ser hechos «amigos» en esta tierra por quienes poseen riquezas, las que, como hemos dicho, sólo rigen aquí. Debemos buscar en la enseñanza de Jesús a quiénes se refiere Él. En cierta ocasión Jesús declara: «Bienaventurados ustedes, los pobres, porque de ustedes es el Reino de Dios» (Lc 6,20). Más claramente aún lo expresa Jesús poco más adelante, referido precisamente a las riquezas de este mundo, por medio de la parábola del rico, que usaba de sus riquezas para gozar de los placeres de este mundo, completamente indiferente ante la suerte de Lázaro, el pobre, que no tenía qué comer (cf. Lc 16,19-26). De hecho, introduce esta parábola con las mismas palabras: «Era un hombre rico que vestía de púrpura y lino...». La conclusión de esta parábola es que murió el rico y fue a dar al Hades, lugar de tormento, en tanto que el pobre, que también murió, fue llevado por los ángeles al seno de Abraham, expresión de la felicidad eterna plena. Pero no pudo Lázaro acoger al rico en su morada eterna, porque éste no tuvo la astucia de granjearse su amistad en esta tierra.

Ahora tal vez podemos entender la parábola del administrador infiel. Este hombre escuchó de boca de su señor que su administración llegaba a su fin: «Ya no podrás seguir administrando». Pero él, con la astucia de «los hijos de este mundo», antes de dejar el cargo, tomó la decisión rápida de hacerse de amigos, con el dinero de su señor, rebajandoles la deuda que tenían con él, para que ellos lo reciban en sus casas, una vez removido de la administración. Cuando lo supo el señor, «alabó al administrador injusto», no por su deshonestidad, sino «porque había obrado astutamente». Concluido este relato, agrega Jesús un comentario, que es un reproche: «Pues los hijos de este mundo son más astutos con los de su generación que los hijos de la luz».

Jesús recuerda a sus discípulos que, si poseen riquezas de este mundo, las han recibido de Dios en administración y que esta administración acabará pronto. La parábola es un llamado a ellos a ser astutos y a usar, por tanto, esas riquezas de este mundo en favor de los que, después de la muerte, serán dueños de las moradas eternas, a saber, los pobres, para gozar entonces de la acogida de ellos en esas moradas. Así se entiende la enseñanza de la parábola que repetimos: «Haganse de amigos

con el Dinero (Mamoná) de injusticia, para que, cuando llegue a faltar, los reciban en las eternas moradas».

Ya hemos dicho por qué llama Jesús al dinero «Mamoná». Coincide con esta apelación el autor de la Primera Carta a Timoteo: «La raíz de todos los males es el amor del dinero, y algunos, por dejarse llevar de él, se extraviaron en la fe y se atormentaron con muchos dolores» (1Tim 6,10). ¿Por qué agrega Jesús «de injusticia»? Ciertamente, porque su distribución es desigual entre los seres humanos. Pero en todos se cumple lo que dice Job de sí mismo, cuando Dios permitió que perdiera toda su riqueza: «Desnudo salí del vientre de mi madre y desnudo volveré allá; el Señor lo dio, el Señor lo quitó. ¡Sea bendito el Nombre del Señor!» (Job 1,21). Lo confirma la Primera Carta a Timoteo en estos términos: «Nosotros nada hemos traído al mundo y nada podemos llevarnos de él» (1Tim 6,7).

Todo es, entonces, un don de Dios. Y, como enseñan los padres de la Iglesia, Dios ha hecho a algunos ricos para que tengan modo de practicar la misericordia con los pobres y a otros pobres para que tengan modo de practicar la gratitud hacia sus benefactores, siempre en cumplimiento del mandamiento principal del amor al prójimo como a sí mismo, de manera que al pobre no le falte nada de lo que el rico desea para sí. A esto llama Jesús: «ser fieles en el dinero injusto», y lo pone como condición para que Él nos confíe lo verdadero, lo que no defrauda, y lo que es nuestro, es decir, el fin para el que fuimos creados: «Dios nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo para que fuésemos santos e inmaculados en su presencia en el amor» (Efesios 1,4). En esto no hay diferencia entre los seres humanos. La astucia de los hijos de la luz consiste en practicar esto en su paso por este mundo.

+ Felipe Bacarreza Rodríguez
Obispo emérito de Santa María de L.A.